

Pensar en las jaulas

Eduardo Escobar

Vladimir Nabokov, en un libro maestro como todos los salidos de su ingeniosa mano, —con la salvedad del excéntrico que dedicó a don Quijote, escrito con más fastidio que pasión, por alguna imposición académica— contruidos, cada uno, con la curia de una partida de ajedrez planeada con el cinismo propio de los ajedrecistas taimados y con la inteligencia de un demonio morigerado en la figura de un aristócrata ruso y monógamo con sus perversiones convenientemente sublimadas, calibradas, alquimizadas en benéficas, en inofensivas armonías, (soy devoto rendido del caballero ruso y no me pesa ni me importa que se note, otros admiran a Stalin, a Hitler, a Michel Jackson) se refiere a un mono. A uno de esos monos cubiertos de pelo, a uno de esos cuadrumanos que nosotros apenas plantígrados vamos a ver algunos domingos en los zoológicos, como se va a visitar a un tío demente balanceándose

con la indiferencia del catatónico en una percha o rascándose la piel de las costillas en un rincón de la jaula muriendo de tedio. En una novela del ciclo ruso, *Volshebnik* en su idioma, traducida al español como *El hechicero*, ¿bien, mal?, dice en la primera página de la edición española refiriéndose a la génesis de la magistral *Lolita*, que el estremecimiento inicial del libro sobre esa niña sagrada en la historia de la maña entre las mañas humanas que llamamos la literatura, le vino después de leer una noticia acerca de un mono, cómo no, del Jardín des Plantes, que engatusado por un científico durante varios meses terminó haciendo el primer dibujo garabateado jamás por un animal. Y su garabato representaba los barrotes de la jaula del pobre bicho. Nabokov lo dice con amargura y con resignación. Y enseguida pasa a explicarnos que el impulso no tuvo conexión textual con el subsiguiente hilo de sus pensamientos, pero que no obstante dio como resultado el prototipo de Lolita, la primera

Lolita de las tres en su vida, en forma de un relato de treinta páginas. Y el mono es olvidado. Lolita vuelve en su vida, recurre; el mono no. El texto inicia después de mencionarlo una deriva hacia otros mares, hacia otras ensoñaciones —una novela es una ensoñación que aspiramos a compartir—, donde navegan una tal Miss Rachel Home, institutriz en San Petersburgo, Lolita ondulando sobre unos patines de correa, y un grupo de amigos revolucionarios sociales y una doctora a quienes el autor leyó su primera tentativa de una pequeña perversa que seduce a un hombre que casi debe triplicar la edad de la criatura y que sólo andaba en una ciudad ficticia en busca de un alojamiento para su sombra y sus libros. ¿Por qué fue dejado de lado ese mono de repente después de haber llegado repentinamente a la introducción de *El hechicero* de manera abrupta y hasta innecesaria? Nabokov hubiera podido hablarnos de la niña, su niña, nuestra niña, sin más. Y obviar el bendito mono. Pero el mono

Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
Martiniano Jaime Contreras
Secretario general:
Luquegi Gil Neira

Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora: Alejandra Higuaita

Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Andrés García Londoño

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Luz María Restrepo, Alonso Sepúlveda,
Nora Eugenia Restrepo.

debía aparecer y apareció. Y desapareció luego del todo. Nadie sabrá jamás por qué lo hizo venir Nabokov para ignorarlo enseguida de modo que ni siquiera nos aclara en *Habla, memoria*, una de las autobiografías más bellas que leí. Nabokov fue dueño de una poderosa capacidad para la ironía casi anormal en un hombre de su clase: llevó una vida de acuerdo con el orden establecido al menos en apariencia, según se deduce de sus poemas de nobles sentimientos patrióticos y paisajísticos, de sus novelas con el encanto de los novelistas rusos en las cuales creó algunos de los personajes más queridos de la literatura moderna, Pnyyn y Lolita son apenas dos, y de sus cuentos y ensayos. Y de las ocupaciones paralelas fuera de los reinos de la escritura, que constituyó su interés dominante: el ajedrez y las mariposas. Afortunado en todo lo que emprendió, Nabokov vio coronado su nombre en los catálogos de los expertos en esos lepidópteros, hay una nabokova volando ahora en alguna parte, si no se extinguieron, inextinguible, y añadió a la teoría del ajedrez algunos problemas nuevos, ignoro si con sus respectivas soluciones, de su creación. El hombre hizo rendir su tiempo. Pero además fue un hombre con una mente intrincada. Y me pregunto si su animadversión hacia el doctor Freud, a quien llamaba con una insistente falta de caridad semejante a la tirria,

“el brujo de Viena”, fue la manifestación de un mecanismo de defensa, la resistencia al misterio de la transubstanciación de la transferencia o una negativa a la cura. Ya se sabe: los hombres nos apegamos a nuestros sufrimientos. Y sobre todo los grandes hombres necesitan ostentarlos para no aplastar nuestra mediocridad con la excelencia o humillar la debilidad y la desidia de los demás con sus virtudes inmortales. Al fin de cuentas, los pobres, pobres grandes hombres, allá tan altos, necesitan de nosotros los pequeños, llorosos, débiles, para no sentirse tan solos, y únicos, para que no les falte quién los quiera y quién pueda reconocer sus doradas cualidades aunque sea de lejos, desde el polvo. En la página 17 de *El hechicero* Nabokov afirma por boca de su personaje: “Ni siquiera soy capaz de considerar la posibilidad de causar dolor o de provocar inolvidables repugnancias”. Y sin embargo, ¿cómo conjugó ese hombre el gusto por el ajedrez, ese hallazgo de la India remota, producto, durante la famosa guerra de Troya, de los extensos aburrimientos de las treguas mientras los capitanes se enviaban y reñían, y las mariposas? El ajedrez, 64 escaques, 32 figuras destinadas a realizar permutaciones maliciosas, dos cerebros empeñados en oponerse con engaños hasta la derrota, o hasta unas frustrantes, ridículas tablas, que dejan siempre insatisfechos a esos caníbales

adictos a las materias grises de su prójimo. Y las mariposas. Gusanos de las manzanas del aire, frágiles banderas, payasos de los insectos. Moscas de mantequilla las llaman con crueldad los ingleses, sin atreverse a ponerlas en sus galletas. Pero ya lo veremos un día si las cosas siguen como van en este mundo: algunos bosquimanos ya las comen con gusto. No quiero molestar al señor Nabokov donde quiera que esté, en algún infierno incruento, bien templado, sin contrastes extremos, adornado con rosas y lirios, ideado por él mismo por un privilegio concedido por la gracia del dios de los novelistas, diseñado a la medida de su socarronería y de su arrogancia legítima por otra parte. Debemos entender que Nabokov no está en el cielo, que debía pagar sus pecados como cualquiera. De los cuales el peor no fue la ideación de ese señor que en la mitad del camino de su vida se casa con una mujer llena de melindres, en plan de vaca vieja, cuya autopsia hubiera tenido más interés que su biografía, así dijo de la señora Haze, para yacer con su hijita, para emprender con la dulce niña una fuga épica, automovilística y motélica a través de las épicas autopistas y los líricos moteles de los Estados Unidos. Al fin, Lolita no pasó de ser la sublimación de un vicioso de los fenómenos estéticos, la imaginación de un reprimido en un continente joven, sino el olvido de ese mono dibujante.

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
http://oceanodigital.oceano.com/
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

Cervantes pagó con pobreza, juicios y cárceles el olvido del perro que salió detrás de don Quijote, detrás de su amigo pedorro, del burro y de Rocinante, ansioso de aventuras. Y que después deja ahogar en el tintero. ¿El galgo corredor regresó a la casa de la sobrina? ¿Decidió vivir con Teresa Panza? ¿O donde el cura, donde se comía mejor? No quiero convertir al mago ruso en un autor simplemente alegórico o alegorizante. Pero es obvio que la relegación de ese mono en la minúscula nota preliminar a *El hechicero* significa que Nabokov ocultó algo. Que inhibió. Dejándonos de paso llenos de adivinanzas sobre ese mono incapaz de mirar fuera de su jaula, más allá de los barrotes de su jaula, ese árbol, esa escoba de barrenadero de un jardín de plantas sobre unas hojas recogidas en un montón dorado, listas para arrojar, una nube sobre unos castaños, el bus de los turistas que descienden con sus pavas de paja y sus sombrillas abiertas, agobiados pero sonriendo para ver al mono que dibuja... ¿Era miope? ¿Había cerrado su corazón de mono a las monománías y los espejismos de la historia? ¿Era un mono filósofo del desapego monástico? ¿Había convertido esa jaula en su clausura? En alguna parte debía vivir y prefería hacerlo allí, bajo el silbido del loro verde de la esperanza sobre la vara bien estercolada de la sección de cacatúas y en medio de los relinchos acaramelados del unicornio azul que se le perdió al trovador cubano. Alguien debería devolvérselo. A ver si se calla.

eleonescobar@hotmail.com



La savia inmigrante

Andrés García Londoño

La secuencia televisiva Les sencilla: como fondo una bandera suiza, sobre la que pasean un montón de ovejas. La mayoría de ellas son blancas, por lo que destaca la única negra. Pronto deja de destacar: las ovejas blancas la expulsan a patadas de la bandera. El lema que aparece al pie es “Crear seguridad” (*Sicherheit schaffen*, en alemán). Dicha propaganda le permitió ganar varias elecciones al Partido Suizo del Pueblo (*Schweizerische Volkspartei*) de las múltiples que se llevan a cabo mensualmente en la nación helvética, quizá la más democrática del mundo, pues allí casi todas las decisiones de gobierno se someten directamente a votación. La secuencia mencionada fue luego copiada por varios grupos ultranacionalistas de diversas partes del mundo, en particular España, como un símbolo del poco amor y respeto que le tienen dichas naciones a sus inmigrantes.

El problema de esa imagen, aparte de su obvio racismo, es que no corresponde a la realidad. Hoy en día los inmigrantes mueven gran parte de la economía, de la investigación y de la ciencia de las naciones del “Primer Mundo” (o de aquellas que se consideran parte de él, así sus indicadores económicos digan otra cosa, como es el caso de España o Italia). Sin entrar a considerar casos extremos —como Canadá o Australia, países que sin un flujo constante de decenas de miles de inmigrantes anuales verían colapsar sus economías, debido a que su tasa de nacimientos no alcanza a cubrir el envejecimiento de su población—, lo cierto es que prácticamente todas las naciones del “Primer Mundo” se verían profundamente afectadas si les llegaran a faltar inmigrantes de



Luis Fernando Macías

un día a otro, esa mano de obra barata y poco calificada en general que está dispuesta a efectuar las tareas ingratas que pocos de sus nativos desean hacer, ya que ellos tienen alternativas mejores, como los subsidios por desempleo. Incluso hoy, cuando gracias a la crisis económica se ve por primera vez en un largo tiempo a muchos europeos y norteamericanos disputándose empleos mal pagados, como recolectar cosechas, sin los inmigrantes miles de fábricas quebrarían en todo el “Primer Mundo”.

Se calcula que existen unos 191 millones de emigrantes en la actualidad, el equivalente a la población de cuatro países del tamaño de Colombia, más de la mitad de ellos hacia Europa y Norteamérica. Es decir, cerca del 3% del total de seres humanos no vive en su nación de origen. Y la tasa no es la misma para todos: Colombia es el segundo país de Latinoamérica con mayor número de emigrantes, cerca de dos millones, luego de México, que ostenta el honor de ser el país con mayor número de emigrantes del mundo, casi diez millones, prácticamente el 10% de su población, casi todos a su poderoso vecino del norte. Pero el porcentaje es aún mayor para algunos países del Caribe, como Haití y Trinidad, donde hasta el 20% de la población reside en el exterior.

Sin embargo, aunque la economía sea el renglón más obvio donde los inmigrantes tienen

influencia, no es el único, porque el problema no es sólo el bajo interés de los ciudadanos de las naciones del primer mundo en hacer las labores peor pagadas, sino el desinterés de muchos de sus jóvenes por completar las carreras más exigentes y largas, o con menores expectativas de ingresos a corto plazo. En Estados Unidos, desde hace ya décadas es motivo de preocupación la baja cantidad de jóvenes nacidos en ese país interesados en carreras relacionadas con la ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas (STEM, por sus siglas en inglés). Como gran parte de los cupos los ocupan jóvenes extranjeros, se considera que ello crea una fragilidad en la seguridad nacional, pues no sólo de esas carreras depende que esa nación mantenga su lugar como superpotencia —sustentado ahora principalmente en lo tecnológico y en lo financiero, ya que ha perdido gran parte de su capacidad productiva—, sino en particular en lo relativo a la investigación en defensa e informática. Eso se extiende también a otras esferas, como el arte, pues muchos conservatorios en Austria y Alemania, para dar sólo un ejemplo de instituciones primermundistas ilustres, cerrarían si se centraran sólo en los jóvenes de esos países que desean seguir la larga y a menudo poco rentable carrera de los músicos, así que esas escuelas justifican su existencia con un flujo constante de nuevos alumnos latinoamericanos y asiáticos. Aun así, en países como Alemania, para obtener un permiso de residente es necesario demostrar que se puede hablar alemán “sin acento”... Pero aunque las políticas racistas de inmigración traten de negar lo obvio, la suma de nombres “exóticos” que figuran en la primera línea no sólo del arte mundial, sino de las compañías más importantes (val-

ga recordar que el hombre más rico del mundo en la actualidad es Carlos Slim, un mexicano), se ha incrementado y seguirá incrementándose, inevitablemente, pues los inmigrantes suelen ir al “Primer Mundo” a aprovechar todas las oportunidades y no las dan por sentadas, como un derecho de nacimiento, sino como algo por ganar.

Y las oportunidades son reales, tanto para la mano de obra no calificada como para aquellos que van a estudiar o mejorar sus capacidades. Para los primeros, significa pasar de ganar desde menos de un dólar diario a obtener 30, si reciben siquiera la mitad del salario legal en esas naciones. Para los segundos, para los estudiantes, significa entrar al reino de las oportunidades, donde el principal criterio es el rendimiento individual, no cuánto del PIB le sobrará cada año al gobierno para destinar a educación. Para dar ejemplos con las universidades mejor calificadas en los *rankings* mundiales, la mayoría son universidades privadas sin ánimo de lucro, en particular estadounidenses, relativamente pequeñas para los estándares latinoamericanos (la UNAM tiene cerca de 200.000 estudiantes), pero muy estrictas en su selección. El Instituto Tecnológico de California —Caltech—, por ejemplo, tiene sólo alrededor de dos mil alumnos, pero 31 de sus graduados se han ganado el premio Nobel. Y si hablamos de su presupuesto, éste fue de 1,55 miles de millones de dólares para el 2010, es decir, cerca del doble de lo que el gobierno colombiano le destinó a todas las universidades públicas ese mismo año, a pesar de que éstas últimas tienen que atender a una población cien veces mayor. Y esa cifra palidece si la comparación se hace no con el presupuesto anual, sino con el patrimonio de la universidad

ubicada en el puesto número uno de los *rankings*, Harvard, que es de 27 mil millones de dólares (en cifras de 2011, pues el 2008 sobrepasaba los 36 mil millones, pero perdió cerca de 10 mil millones con la crisis económica de ese año), lo que supera los gastos totales de Colombia, un país en guerra, en seguridad y defensa durante dos años.

Así son las cosas, y seguirán siéndolo por un tiempo al menos. Continuará siendo cierto tanto el lado más ingrato de emigrar —como la hipocresía y la humillación que deben sufrir la mayoría de los inmigrantes, ciudadanos de segunda que deben pedir permiso para casi todo o huírle a la *migra* si han tomado el camino bajo el muro—, como la profunda y creciente dependencia de un flujo constante de inmigrantes por parte de las naciones más desarrolladas económica, educativa e industrialmente. Esa savia inmigrante, sin la cual gran parte de todo se paralizaría. Precisamente por eso, porque la dependencia es mutua, la marea es indetenible. Quizá llegará el día en que cualquier ser humano pueda considerar al planeta su patria y no necesitemos ya más de un pasaporte para instalarnos donde deseemos o sean más valorados nuestros talentos, pero eso no pasará sin

José Libardo Porras



que antes disminuyan las enormes inequidades entre naciones. Hasta entonces, esa misma inequidad será el principal motor de la migración internacional, y el fluir de esa savia será el ruido de fondo, imperceptible para quienes no quieran oírlo pero indispensable para todos, del desarrollo global.

agarlon@hotmail.com



Vintage en el corazón

Claudia Ivonne Giraldo G.

Para muchos, la predilección por el pasado, la pura y monda nostalgia de lo no vivido, no tiene mucho sentido ni utilidad. A no ser que uno se dedique a la arqueología o a la investigación histórica, eso de andar hurgando en cosas viejas les parece extraño y hasta francamente aburrido. Pero para quienes el pasado, en especial el ajeno, tiene algo de ensoñación y un aroma exquisito, cualquier objeto, mueble o carta, pañuelo o fotografía, constituye un tesoro y su hallazgo una fiesta. Los libros en especial y las viejas revistas en particular.

Hace poco tuve la enorme felicidad de recibir una colección —no tan completa como quisiera— de la revista *Selecciones* del Reader's Digest. Entre los números hay varios de los años treinta y cuarenta del siglo pasado y muchos de los años cincuenta y sesenta. Unas en inglés, otras en francés y hasta una en italiano, dan cuenta de lo exitosa que llegó a ser esta pequeña revista de bolsillo, cuya primera edición en inglés fue en el año 1922 y en español en 1940, y que se paseó por toda América Latina en sus mejores tiempos.

Moralista y conservadora, ofrecía sin embargo artículos en-

trenidos, conmovedores, interesantes. Recuerdo haber pasado días de vacaciones leyendo historias de la Segunda Guerra Mundial en unas empolvadas *Selecciones* que encontré en un armario en la finca. Sorprende, al leerlas hoy, lo poco que hemos cambiado en lo sustancial y el carácter premonitorio de ciertas reflexiones, una de ellas como ejemplo, titulada: “Las computadoras controlan nuestra vida”, de 1953.

Pero es su registro visual, el tipo de ilustración, la publicidad y su evolución a lo largo de esos años lo que llama la atención, lo que es digno de pensarse. Las ediciones de los 40 son casi austeras: la carátula aún no es ilustrada y en el interior solo una o dos páginas contienen polícromías. Una pléyade de ilustra-



José Zuleta

dores y publicistas reproducían escenas, personajes y hasta los más variados objetos de consumo con meticulosa perfección. Eran tiempos de guerra, de grandes economías, a las que los países latinoamericanos no fueron ajenos. Tener un buen reloj de pulsera, un tractor o un camión de larga vida y poder contar con medicinas, eran entonces prioridades.

Los números de las décadas de los años cincuenta y sesenta son, por el contrario, un alarde de color: bellas fotografías o ilustraciones adornan desde la portada hasta la contraportada. La industria, casi toda norteamericana, ofrece sus productos, muchos de ellos aún invictos: el Corn Flakes de Kellogg's, las neveras y lavadoras Westinghouse, la crema Nivea, el Kolinós, los Ford y claro, la Coca - Cola. Las agencias de publicidad entran en una competencia fiera —eso se nota— por hacerse ver; por convertir sus productos en los más apetecibles. Y lo logran con base en un imaginario de bienestar y felicidad, en el que las mujeres, esposas y madres, tienen un papel protagónico: paradas en altísimos tacones al pie de un nuevo refrigerador —bellísimo por cierto— sonríen con todos los dientes perfectos y las uñas, largas y pintadas, en una imagen tan deseable ayer, como increíble hoy. Los bebés Menen son rubicundos angelitos; los escolares corren felices bajo un sol amoroso por prados siempre verdes, rumbo a una casita adorable en donde mamá los espera, sonriente. Papá fuma pipa, papá trabaja en una oficina seria, papá lava el auto, papá pesca a la orilla de un río con su hijo al lado, quien lo mira con indestructible admiración. Un imaginario que prometía la realización total de la existencia en una casa cómoda, con un automóvil enorme y lujoso y la nevera repleta de comida. Un mundo perfecto.

Algo de aquel mundo, construido en parte como un proyecto para poner las cosas en orden luego de la Segunda Guerra, aún perdura en el imaginario y pone de cabeza los deseos y aspiraciones de muchos y de muchas, que se topan con él como con una invisible vidriera en la lucha por construir sus propias vidas. De ese mundo perfecto ya sabemos ahora el resultado. No por ello

ojea esas viejas revistas de un adorable paseo en el tiempo, un regreso a un lugar en el que todo era posible, en que el futuro era enorme y la palabra progreso estaba en boca de todos.

Desde las páginas abiertas compiten por atención una bella mujer madura que devuelve juventud a su rostro con una tintura sorprendente para el pelo y, del otro lado, un paquete de los entrañables *Lifesavers* o salvavidas, como los llamábamos entonces. Tal vez ese afán de decoradores y publicistas de hoy por recuperar la onda retro, los objetos *vintage*, es decir, los que corresponden a esos promisorios años, tiene su razón de ser en una añoranza de algo que perdimos y que hoy parece irrecuperable. Por eso, en medio de la sala minimalista, la coca roja de acrílico, que sirvió de frutero por años en mi casa, me devuelve la sensación placentera de una inocente confianza en el futuro, fe en la humanidad y una perpetua esperanza.

claudiaivonne09@gmail.com



Memorias de un rockero

Ignacio Piedrahíta

En cuarenta y dos segundos se agotó la venta por internet de las boletas para ir a ver a Keith Richards en la Biblioteca Pública de Nueva York. Ni siquiera el encuentro entre Norman Mailer y Günter Grass tuvo tal acogida, según palabras del anfitrión. La entrada para el evento de octubre del año pasado incluía una copia del libro del que el guitarrista de los Rolling Stones iba precisamente a hablar: *Vida*, sus memorias, escritas por él y un “negro” literario que supo interpretar unos recuerdos de altísima fidelidad. Por fortuna, el libro se publicó casi

simultáneamente en español, y la visita de Keith se puede ver en la página web de la Biblioteca.

Es raro ver a Richards sin una guitarra colgada al hombro y con una vestimenta cuya sobriedad apenas es comparable a los primeros trajes con que los Stones pretendían igualar en pulcritud a los cuatro de Liverpool. Iba todo de negro, de sombrero y con una *pashmina* gris. Se le veía incluso el pelo recién lavado, sin las campanillas que le dio por usar hace poco en sus largas temporadas en las Antillas, que le bailaban de los mechones y tintineaban cuando movía la cabeza —y él suele mover la cabeza cuando habla—. Esta vez, el eterno rebelde se lo tomó en serio, aunque quizá no tanto como para lavarse las uñas, que se le ven mugrosas en la foto de la contratapa de las memorias.

Acorde con su vestimenta, Keith llegó con una actitud de fiera domada a la Biblioteca, una especie de beatitud incómoda de la que era consciente, pero que a todas luces no le resultaba tan natural como estar sobre un escenario. Para empezar, el anfitrión lo recibió citando sus propias palabras: “Cuando estás creciendo, hay dos instituciones que te impresionan fuertemente: la iglesia, que pertenece a Dios, y la biblioteca pública, que te pertenece a ti. La biblioteca pública es el gran igualador”. Es probable que Keith no fuera el más lector de todo el este de Londres, pero aseguró que todavía está debiendo multas. Y, agregó, era el único lugar en el que la palabra “silencio” tenía un significado para él.

Lo entrevistó Anthony DeCurtis, un crítico de música que supo hacer el papel de medium para que Keith volviera sobre algunas de las páginas más significativas de las quinientas que tiene *Vida*. No podía dejar de contar el encuentro con Mick Jagger, de 15 ó 16 años, en la estación del tren, quien llevaba bajo



Juan Gustavo Cobo Borda

el brazo unos discos de *blues*. Keith estaba fascinado con esa música que su madre sintonizaba en el radio de la cocina todos los días, pero ¿era posible tenerla en acetatos para escucharla cuantas veces quisiera? Él no podía dejar escapar a ese amigo de infancia que ahora se le aparecía con sus gustos gemelos.

En los cincuentas, lo que sonaba en las emisoras populares de muchos hogares europeos era una música de negros: el *blues* norteamericano, que tenía ritmo y parecía venir directamente de las entrañas. Era una música sencilla pero verdadera. Era eso lo que cautivaba a una sociedad de postguerra, desencantada del orden establecido, donde hasta hacía no mucho había que llevar a las tiendas las boletas de racionamiento. Tal fue la obsesión de Keith y de muchos jóvenes que empezaban en la música: tocar ese *blues* de Chicago tal como lo hacían los negros del otro lado del océano.

De ahí que el primer rock de los Stones no fuera otra cosa que música negra interpretada por blancos de pelo largo. Una combinación de ritmo y rebeldía que parecía ser lo que estaban esperando los jóvenes de todo el mundo, aunque fuera celebrada inicialmente por un público en su mayoría femenino: adolescentes enloquecidas que caían desmayadas a los pies del escenario, mientras la banda inter-

pretaba *covers* de Muddy Waters, Bo Diddley o Little Richard, importados directamente de las orillas del Mississippi. Al principio, los hombres se rehusaban a escucharlos y enrojecían de celos cuando sus mujeres se entregaban a un paso meloso de Mick Jagger recién copiado de Chuck Berry.

Esta afinidad musical les dio a los Stones la posibilidad de ir a los Estados Unidos y cruzar las vías del tren para divertirse con los negros, raro privilegio para un blanco. De esta compañía, Keith no sólo aprendió la técnica de las afinaciones abiertas, también lo hizo con ciertas combinaciones. Tras una seguidilla de unas noches de “toque” y fiesta, los negros se levantaban rozagantes; los Stones, hechos pedazos. El secreto vino por lo bajo: “te tomas una de estas y te fumas uno de estos”. Así lo cuenta Keith en el libro y lo repite en la Biblioteca, con el humor y el descaro que lo caracterizan, un descaro necesario para que sus memorias no sean un recuento maquillado de éxitos. Se trataba de una pastilla de anfetamina y un buen pucho de marihuana, la puerta de entrada a uno de los más largos y fatales estribillos del rock: las drogas, entre ellas la más “seductora”, la heroína, a la que Keith rindió honores por muchos años.

Durante toda la entrevista, Keith Richards fue un viejo querido y elegante, y tan lenguaraz como suele serlo. La sensación de verlo es un complemento exquisito para la lectura de sus memorias. A sus 67 años emana de él una verdad propia y genuina: haber vivido una vida no como se recomienda, sino como se presenta. Él dice que el rock no es tanto el golpe, sino el fluir, y él ha fluido por la vida de una manera que la sociedad le ha recriminado, patrocinado y agradecido, sin perder la perspectiva de lo fundamental: primero, la música. Con los Stones y con

músicos de las Antillas sigue tocando y componiendo, buscando un sonido particular, su propio sonido en la armonía de la existencia. Y, según él, seguirá hasta que estire la pata.

agromena@gmail.com



Oloroso y genuino

Paloma Pérez Sastre

*Hay una tarde varada frente a un río
y entre los dos un niño canta
vaiviniéndose en su mecedora de
bejuco.*

*El huevo dorado del sol anida entre
los mangos de la ribera.*

Raúl Gómez Jattin

Si tuviera que quedarme con una sola fruta, elegiría el mango. Es cierto que no hay como una buena rodaja de piña o un trozo de papaya rosada y aromática, pero ninguna fruta posee la capacidad evocadora del mango maduro. Acorazonado, jugoso, dulce, fibroso, resbaladizo, resplandece en pirámides rojas y amarillas, sobre mesas y carretillas, en cestas y cajas de caña brava, en tajadas provocativas o en inmensos arrumes. Con su sola contemplación, el olfato y el gusto se estremecen.



Guillermo Cardona

Se come mango toda la vida. Me acuerdo de las orgías de manguitos de azúcar en la niñez, cuando nos devorábamos hasta la cáscara para quedar con cara de oso mielero, los dientes llenos de pelusas, las manos y la ropa empegotadas. En la adolescencia lo comíamos biche —lo venden a la salida de todos los colegios con sal y limón—; verde también acompaña el aguardiente. Increíblemente, por la calle de mi casa materna pasaba el manguero todas las noches a las nueve con su pregón: “mango, mango”. Por lo insólito de la hora, había quienes decían que detrás había otro negocio no tan sano, pero a mí me consta que los vecinos compraban lo anunciado. No sólo los escolares, los insomnes y los aguardienteros lo consumen verde, la tía de una amiga judía descubrió, en época de penuria, que la composta de manzana que acompaña el *latkes*, de la festividad de *jánuca*, se puede hacer con mango biche y queda sabiendo a lo mismo.

El llamado “Rey del trópico” es originario del sudeste asiático; llegó a Brasil traído por los portugueses apenas en el siglo XVIII y solo después pasó a nuestros países; lo que significa que ni Bolívar, ni los españoles, ni los ejércitos libertadores comieron mango. Pese a su origen extranjero, reconozco en él un elemento de identidad colombiana. Si con García Márquez el olor de la guayaba es signo de nostalgia por la tierra natal, el mango lo es de su sensualidad. A nadie se le ocurriría escribir una escena de amor en la que los protagonistas toman jugo de guayaba; en cambio sí uno de mango frío, bien amarillo y espeso. La tierra caliente huele a las flores de mango fermentadas que tapizan los patios, porque patio que se respete tiene al menos un mango y una hamaca. Creo que el mango es nuestro árbol de la vida; tal vez por eso Úrsula eligió un castaño y no un mango para atar a José Arcadio Buendía, viejo y loco.

Los indios —de la India— expresan sus deseos amorosos bajo un árbol de mango, y dicen que comer sus frutos lleva a conseguir mejores orgasmos. Consideran que el árbol tiene propiedades mágicas y sagradas. De su madera se confeccionan las piras funerarias y sus ramitas les sirven para lavarse los dientes en días especiales. Los casamientos se llevan a cabo en presencia de hojas de mango como símbolo de fertilidad y de amor, y con ellas adornan, en zonas rurales, las puertas de las casas donde hay recién nacidos. Dice la leyenda que Buda encontró paz e inspiración sentado en un huerto de mangos.

Ningún poeta colombiano conjuga como Raúl Gómez Jattin ese complejo erótico ligado al río, el calor, la hamaca y el mango:

*Yo tengo para ti mi buen amigo
un corazón de mango del Simú
oloroso
genuino amable y tierno
(mi resto es una llaga
una tierra de nadie
una pedrada
un abrir y cerrar de ojos
en noche ajena
unas manos que asesinan fantasmas)
Y un consejo
no te encuentres conmigo.*

De haber desoído el consejo y aceptado la invitación, el buen amigo habría evitado el fin lamentable del poeta y, a la vez, se habría beneficiado de las múltiples bondades de “la fruta del corazón”: rico en vitaminas A y C, hipotensivo, anticoagulante, antioxidante, anticancerígeno y antidiabético; bueno para combatir la depresión y el insomnio. Yo también quiero para mí un corazón de mango, pero no para ofrecérselo a otro para que se lo coma, sino por los muchos que he gozado.

palomaperez@une.net.co
Profesora de la Universidad
de Antioquia.



Dos historietas colombianas

Álvaro Vélez

La historieta en Colombia parece atravesar por un buen momento, por lo menos desde la última década del siglo pasado, cuando se registró un movimiento del cómic nacional con revistas como *ACME*, *TNT* y *Agente Navanja*. Una de las razones del nuevo, aunque aún muy tímido, auge de la historieta en el país tiene mucho que ver con el uso que se ha hecho de internet para su difusión. Mientras otras manifestaciones artísticas, como el cine y la música, le temen a la red de redes porque amenaza con acabar o modificar drásticamente las industrias montadas a su alrededor, o mientras la literatura se asoma tímidamente a los nuevos dispositivos tecnológicos que compiten con el libro, la historieta está más viva que nunca en páginas web, blogs y redes sociales.

Ese fenómeno global del cómic en internet se da también en Colombia, aunque aquí no existe una tradición real de historietas. Entonces, lo que antes parecía no existir, ahora empieza a manifestarse con un puñado de buenos dibujantes nacionales, que empiezan primero a mostrar su trabajo en internet y luego alcanzan el papel.

Dos sucesos editoriales en el mundillo del cómic nacional, con reciente aparición, son un ejemplo de ese panorama positivo de la manifestación en el país: *Virus Tropical*, de Paola Gaviria (*powerpaola*) y *Parque del Poblado*, de Johnny Benjumea (*joni b*).

Virus Tropical ha sido editado por La Silueta en tres tomos (el primero es una edición de 2009, el tercero y último data de 2011, todos editados en Bogotá) y la argentina Editorial Común ha decidido editarlo este año en un solo libro. Lo que Paola cuenta en *Virus Tropical* es parte de su vida, o mejor, parte de su vida

familiar, porque aquí los protagonistas son su familia: su padre, exsacerdote y ahora casado con una mujer muy conservadora, y cuyo matrimonio ha tenido como fruto tres hijas: Claudia, Patty y Paola. La novela gráfica empieza con una imagen potente, pues se trata de los padres de Paola en el momento mismo de la concepción de su autora (arriba de la explícita viñeta aparece un “Quito, 1976”) y a partir de ahí vamos a ir conociendo a la familia de Paola, primero desde la ciudad de Quito (Ecuador), lugar de la primera infancia de la autora, la separación de los padres, y luego la vida de colegio y adolescencia en Cali. Las historias que cuenta Paola en su *Virus Tropical* parecen estar hechas sin concesiones a ninguno de los personajes reales, éstos aparecen tal y como son. Sus manías, egoísmos, males y virtudes están reflejados en la historieta de una manera muy real. Quizás ahí esté el primer atractivo de la obra y es que ninguno se salva de las circunstancias, no hay buenos ni malos, sólo una familia tratando de sobrevivir a las adversidades.

Otro asunto interesante del libro de *powerpaola* es su dibujo. Se trata de un cómic construido con una estética feíta, con un trazo lleno en detalles y con unos rayados que, en ocasiones, parecen demenciales (o por lo menos apasionados). Ese tipo de dibujo le aporta más fuerza al relato, porque amplifica algunas de las tensiones que aparecen en la narración. Al mismo tiempo es un dibujo automático, sin bocetos y, muchas veces, dibujado directamente en tinta sobre el papel.

La otra grata novedad editorial es *Parque del Poblado* (beca de creación de la Alcaldía de Medellín, 2010, publicada por Editorial Robot, Medellín, 2011) que, como ya nos lo anuncia su título, se trata de una historia enmarcada en el parque de El Poblado, en Medellín. Una sola noche

entre tragos y amigos es lo que cuenta Jhonny Benjumea en este relato corto en historieta. Ahora, lo más interesante de *Parque del Poblado* es que su autor logra, con la historia y con su dibujo, ubicar un momento y un espacio justos de lo que podríamos llamar la historia de Medellín, un momento de la ciudad en que los jóvenes (o jóvenes adultos) buscan formas de socializar más allá del bar, más allá del recinto cerrado, y se lanzan a la calle a hacerse dueños de ella, con tragos de alcohol, tabaco, amigos, charlas, amores y desamores, música y también con algunas drogas ilegales. Y todo eso sucede, por lo menos en este libro de Jhonny, en un lugar muy específico: el parque de El Poblado. Entonces, en parte, leemos esta historieta como en clave generacional, no sólo por el lugar y el momento en que sucede, sino también por la forma en que Rafael, Alex, Viviana y los demás personajes se expresan entre sí, los ademanes que usan, la forma de increparse y de agasajarse; parece un pequeño manual del estilo del comportamiento de un fragmento de esa generación de jóvenes adultos que se encuentran cada fin de semana en este parque. Toda la historia de Rafael y sus amigos, en *Parque del Poblado*, sucede en una noche; al parecer no pasa nada, pero quizás pasa todo: pasa delante de nuestros ojos esa generación de cervezas, ron o aguardiente; esos jóvenes adultos del cigarrillo y el porro, pero también de la música, del cine, de los amores, de las batallas pírricas, de lo aburrido que será llegar definitivamente a adulto. Pasan los rincones del parque, de su tiendecita de la esquina, del bar de la esquina opuesta, de la terraza en la tienda Saldarriaga, de los jardines y macetas del mismo parque, del acopio de taxis en el borde occidental de aquel mundillo dibujado por Jhonny Benjumea.

Parque del Poblado no sólo es una pequeña pero significativa historia envuelta en un libro bellamente editado, se trata también de una historieta muy bien dibujada. Sorprende cómo el autor traza al dedillo todas y cada una de las locaciones donde se desarrolla la historia, claro que hay una respuesta para eso: el autor se ha documentado antes de hacer su historieta, ha tomado las respectivas fotografías para que su memoria no falle a la hora de sentarse frente al papel en blanco. La estrategia le ha resultado porque, con un pincel entre formal y desenvuelto, Jhonny ha logrado captar no sólo las locaciones reales, sino la atmósfera del lugar, lo que se siente y respira una noche de viernes, o de sábado, en el parque de El Poblado.

Estos son sólo dos ejemplos de ese pequeño repunte del cómic nacional. Hay ingentes esfuerzos desde el eje cafetero (específicamente en Armenia) con la *Revista Larva*, dirigida por Daniel Jiménez; desde Bogotá con obras como las de Andrezzinho, John Joven e Inu Waters; desde Cali con fanzines del joven autor Luto o, desde Medellín, con la gacetilla *Robot* y el trabajo de Tomás Arango. En las listas de autores siempre quedan algunos por fuera, espero que se me hayan quedado muchos, porque quisiera que el nuevo impulso del cómic nacional deje de ser de unos pocos y cada vez haya más gente dibujando y que yo, necesariamente, no los tenga que conocer.

truchafrita@hotmail.com



Nacionalismos literarios

Luis Fernando Afanador

Carlos Fuentes, hijo de diplomático, recorrió América Latina como ningún otro escritor. Nació en ciudad de Panamá, visitaba a Alfonso Reyes en Río de Janeiro, descubría el sexo en Buenos Aires y en Santiago de Chile tomaba clases en un colegio bilingüe. Por eso hay que creerle cuando nos dice que en cada uno de estos países encontraba una literatura nacional: chilena, argentina o colombiana. No existía aún eso que conocimos después como “la literatura latinoamericana”, de la cual él sería uno de los artífices con su novela *La región más transparente*.

Hay que hacer un esfuerzo para imaginarse este panorama si uno nació a principios de los años sesenta y creció con el boom latinoamericano. *Rayuela*, *La ciudad y los perros*, *Tres Tristes Tigres*, *Cien años de soledad* y, por supuesto, *El Aleph* de Borges, que había revivido con la nueva novela, pues, con toda justicia: “Borges, padre de la novela latinoamericana”, proclamó Mario Vargas Llosa en un artículo. El sentimiento que nos dio el boom, y luego la revolución cubana, fue el de pertenecer a un continente sin dejar de pertenecer al mundo. Al fin teníamos una identidad supranacional, al fin teníamos un orgullo de nuestra lengua, como tal vez lo llegó a tener la generación del modernismo. ¡Qué pobre y provinciana nos parecía entonces la literatura española! Y a ellos también, lo comprobé hace unos años al leer un testimonio de Antonio Muñoz Molina, donde reconocía su inmensa deuda de gratitud con Juan Carlos Onetti, otro viejo escritor que tenía reservado un asiento especial en el tren del boom.

Nunca existió para nosotros el concepto de literatura nacional, a no ser para el caso práctico de elaborar antologías. ¿Quién hablaba de literatura peruana en los años setenta? ¿Quién que no fuera derechista? Porque el nacionalismo estaba asociado a la derecha, siempre atenta a movilizar a las masas con elementales consignas patrióticas. Incluso era una propuesta fascista, si pensamos en el grafiti citado por Cortázar en su precioso texto “Noticias del mes de mayo”: “Todos somos judíos alemanes”. Sí, todos estábamos contra los nacionalismos.

Por eso, qué ingrata sorpresa y qué retroceso oír hablar en los últimos años de literatura mexicana, literatura argentina o ecuatoriana (esta última, por cierto, no tuvo representantes en el *boom*, pero José Donoso en *Donde van a morir los elefantes*, le adjudicó uno: Marcelo Chiriboga). Nunca pensamos que esto pudiera volver a suceder, pero definitivamente la historia se repite como farsa. Ahí estamos, con el nacionalismo metido otra vez de narices en el arte del cual había sido expulsado por Goethe.

La explicación obvia sería decir que las editoriales —curiosamente las españolas— se inventaron el nacionalismo con una intención comercial. Escritores uruguayos para el mercado uruguayo; escritores colombianos para el mercado colombiano. Sin derecho —salvo el pago de peaje, es decir, grandes ventas— a circular libremente por el continente. La otra excepción es para los autores españoles: la metrópoli tiene sus privilegios, no faltaba más. Una ley del embudo en la que se cuelan demasiados escritores que nos hacen recordar estas palabras del joven Cortázar: “Leo escritores españoles sólo en caso de insomnio”. Nos balcanizaron los españoles.

Y con la complicidad de nuestros gobernantes. Un presidente colombiano, en Medellín, al recibir a sus majestades don Juan Carlos y doña Sofía de Borbón, dijo estas desafortunadas palabras: “Los estábamos esperando”. “¡Viva el rey, muera el mal gobierno!”, fue nuestro grito de independencia. Bueno, el presidente de marras puede argumentar a su favor una coherencia histórica.

Lo cierto es que la fórmula de la literatura nacional les funcionó a las editoriales españolas.



Darío Ruiz Gómez

Tanto fue así que otras editoriales terminaron imitándolas. Y hasta llegamos a tener un pequeño *boom* de literatura colombiana. El vendedor propone y el consumidor dispone. No creo en las imposiciones unilaterales. Si pegó la fórmula de la literatura nacional era porque había, también, una predisposición en el público para aceptarla. Esa predisposición, ese terreno fértil para sembrar el nacionalismo, fue la globalización. Ante el miedo de ser arrasados por el *tsunami* de la uniformidad, la gente inconscientemente se aferró a lo local, a lo cercano, a lo conocido de siempre.

Los efectos negativos de la globalización, sumados al relativismo posmoderno y al auge del multiculturalismo, han puesto en retirada la universalidad literaria. Goethe anda con acciones a la baja por esta época. Una cátedra de Shakespeare, cuenta Harold Bloom, es cancelada para poner, en su lugar, un curso de literatura puertorriqueña de los años cincuenta; un seminario sobre *Rayuela* es menos políticamente correcto que otro sobre escritoras afro-venezolanas. Muy bien que se cuestione el etnocentrismo implícito en el concepto de universalidad, pero qué mal que desaparezcan los parámetros estéticos para juzgar las obras de arte. En el desorden y la confusión reinante hay mucho impostor dispuesto a pescar en río revuelto. A este paso, la crítica va a terminar tipificada como una conducta antipatriótica y muchos escritores (as) ocultarán sus debilidades literarias arropados (as) en una gran bandera.

lfafanador@etb.net.co



Otra dicotomía

Luis Fernando Mejía

Si el ser humano estuviera destinado a pensar, no tendría oídos.
Arthur Schopenhauer

El grupo de los intelectuales opuesto al grupo de los no intelectuales hace parte de las infinitas y viejas divisiones que se construyen sobre los seres humanos. Según la clasificación anterior, pareciera, en principio, que no todas las personas usaran el intelecto para enfrentar la existencia, lo que en verdad no se está afirmando de modo oculto en la dicotomía descrita. Se expresan simplemente otras consideraciones, como que tal

vez los intelectuales se distinguen por mantenerse al acecho de las ideas frescas e inesperadas haciendo uso de las limitadas pero vastas capacidades de la mente, y que los no intelectuales se quedan en el registro y repetición de anécdotas, de ordinario domésticas, pobrementemente narradas, próximas al cotilleo.

También se puede declarar que los intelectuales cultivan un espíritu crítico con respecto a la sociedad que dicen soportar. Por su parte, los no intelectuales aceptan la realidad que sobrellevan como absolutamente natural e ineluctable; hasta los aspectos más trágicos y negativos los resuelven con una pequeña dosis de resignación y una que otra ilusión.

Asimismo, se ha agregado que los intelectuales no se quedan mirando el árbol sino que observan el bosque, tratando de abarcar la rica diversidad de la vida. En los no intelectuales parece que su mundo se reduce a recorrer la inmediatez de su entorno diario, sin caer en la cuenta de que él está determinado por otras realidades que no siempre son visibles.

En general, lo anterior, y en resumen, es lo que se ha expuesto sobre estos dos grupos humanos, que, a veces, se comportan de manera antagónica. Sin embargo, el asunto no es tan sencillo, ni las diferencias a diario tan tajantes.

Por recordar algo, los intelectuales no pueden permanecer atisbando la aparición de nuevos conceptos las veinticuatro horas del día. También comen y duermen como cualquier animalito. Además se casan y tienen hijos, comportamiento propio de espíritus gregarios, ajenos a ideas renovadoras. Pero los no intelectuales no siempre perpetúan el paradigma de lo doméstico, no recorren en todos los momentos los caminos seguros de la rutina, también atrapan, cuando menos

se espera, una idea inusual, como la del suicidio, y se matan.

Los intelectuales, tan críticos con todo, casi nunca son críticos con ellos mismos, como si no hicieran parte de la sociedad. Se califican, expresa o tácitamente como individuos donde se unen con finura y armonía la bondad con la sabiduría. Seres intocables. Por su parte, los no intelectuales no siempre son acrílicos. Cuántas veces sorprenden al mundo cuando se instalan a ver televisión y rechazan, con un acto reflejo, los programas sobre el Congreso de la República y se pasan para el canal de las telenovelas, en un alentador arranque de rebeldía.

A los intelectuales, que creen dominar invariablemente el conjunto de los fenómenos, con frecuencia se les olvida que son ejemplares integrantes del complejo género humano. Es decir, su arrogancia no les permite comprender a cabalidad que son “leves briznas al viento y al azar”, en palabras de Barba Jacob. Partículas sobrantes del universo. Y los no intelectuales, frente a los fenómenos a los que sobreviven, no se paralizan en todas las ocasiones mirando solamente el árbol. Es común que frente a una tragedia personal, como el desplome total de su vivienda, en forma transcendental, superando el episodio, adjudiquen el suceso a la grandeza de Dios, quien los estaría probando, aunque no se sepa para qué, sin que “Dios mismo los pueda consolar”, siguiendo la anotada voz del poeta.

Es válido pensar, pues, que los intelectuales absolutos y los no intelectuales absolutos son categorías desconocidas en el mundo terrenal, pura ficción. Un grupo no escapa a las virtudes o a los defectos del otro. Todos obedecen a bajos o elevados instintos, más o menos incontrolables, partiendo del instinto de conservación que tiende a caer en el más

feroz egoísmo, mejor disimulado por los intelectuales, lo que resulta obvio, pues para algo ha de servir el estudio exhaustivo o la lectura de algunos resúmenes.

Queda, por supuesto, la esperanza de que con el tiempo, y por causas imposibles de captar hoy, los unos bajen de su nube y los otros superen el nivel de los árboles, lo que podría redundar en la moderación gradual de otras dicotomías deplorables, tales como la de los pobres y los ricos, la de los vanidosos y los humildes, la de los ángeles y los demonios. Sin embargo, son los llamados intelectuales los que deben tomar la iniciativa, pues ¿acaso no acostumbran alardear de su notable inteligencia?

Mejoraría la salud del cuerpo social la aparición de seres humanos muy inteligentes comprometidos con el destino de la mayoría; y el surgimiento de personas muy sencillas que tuviesen destrezas para entender sus tragedias. ¿Sería recetar una cucharadita diaria de solidaridad para unos y una cucharadita diaria de racionalidad para los otros? Y si les queda muy difícil cumplir con la fórmula, ¿podría prescribirse tomar un tris de lo ordenado cada que les dé la gana? Los enfermos tienden a dar mucha brega.

lfmejia@udea.edu.co



Una guía de París

Eliseo Gil

¿Existe una guía literaria y filosófica de París, tal como existe una de restaurantes, donde aparezcan reunidos los lugares que los escritores y artistas, desde los tiempos de Rabelais y Voltaire, han hecho famosos por hacer parte de su rutina cotidiana? ¿Un mapa que, como el del metro, se pueda adquirir en cualquier

quiosco callejero y lo conduzca a uno al sitio que busca? Me temo que no, nada indica que así sea, por lo que el interesado en semejante periplo mitológico ha de confiarse a su suerte o, a partir de sus lecturas y referencias, seguir un camino que nunca le ofrecerá una visión de conjunto u otra alternativa a las que ya conoce. Muy seguramente éste terminará remoleando por aquellos lugares —bares, restaurantes, aposentos— que la modernidad y el turismo han convertido en otra cosa, algo distinto de lo que una vez fueron, y a las que ningún autor famoso acude ahora. Y que de lo archisabidos, aburren. Y que cuestan, además, si se trata de pasar el rato, un ojo de la cara.

A menos que, como en mi caso, se tope con quien menos se espera y, para salvarte de lo archisabido, sin egoísmo alguno, éste te ofrezca su propia cartografía de sitios y nombres inmortales, hecha y rehecha a golpes de caminar a París durante años, averiguando lo que a otros, los más, no interesa o interesa poco.

Era un viernes de primavera, y con el profesor Regino Martínez nos habíamos citado en La Place Saint Michel para iniciar nuestro recorrido. De morral, jeans, tenis y una botella de agua, su cómodo atuendo cuando recorre la ciudad, apareció a la hora exacta. Lo había conocido dos días antes en La Maison de Amerique Latine, al coincidir en una exposición del artista cinético venezolano Cruz Díez, donde, manifiesta mi intención de plumífero de echar un vistazo al París mítico, él se ofreció a servirme de guía.

El recorrido se inició con la visita a Le Grenier des Grands Augustins, la antigua y señorial mansión donde Balzac escribió *Le Chef d'œuvre inconnu* y Picasso, en su amplia y cómoda buhardilla, pintó el *Guernica*, coincidencia que quizás explique, además

del tema, por qué el malagueño ilustró en algún momento la famosa obra del novelista, algo que no hizo con ninguna otra de sus novelas.

El atelier del pintor, suficiente para montar una obra de tal calado, tiene una ventana que da sobre los iluminados techos de París, ellos mismos una obra cubista, y se conserva como museo. Lo atiende una dama muy agradable y en sus paredes y vitrinas se exponen grabados y fotos tomadas al artista por prestigiosos fotógrafos, Douglas Duncan entre ellos. De allí, de aquel alto y elegante palacete de espaciosas escaleras, destinado hoy a oficinas y viviendas, nos encaminamos a la rue Gît le Coeur: “Gime el corazón”, que está a un paso, camino a Le Procope, café fundado en 1686 donde, como reza en la placa que está en la fachada, un cliente habitual suyo era Voltaire. Hace unos años, me comenta mi guía, la calle sirvió de escenario a algunas escenas finales de *Henry* y *June*, la singular película que sobre H. Miller y Anaïs Nin, realizó F. Kauffman.

Cerca está la iglesia de Saint Julian Le Pauvre, y en su parte trasera el parque de Luxembourg a donde iba a pasear Hemingway, atiborrado a esta hora soleada de madres con sus bebés, parejas de enamorados que no esconden su pasión, perros que aprovechan el día soleado y ociosos de diversa catadura. ¿No era allí, me pregunto, donde de niño el narrador de *En busca del tiempo perdido* iba a distraerse con las muchachas en flor aprovechando igualmente la belleza de la primavera? ¿O era la del invierno?

El Latin Quartier es un barrio lleno de callecitas donde las edificaciones dejan advertir, sobre las refacciones y cambios que el tiempo impone, las gruesas vigas y muros de piedra y las fachadas combadas de la ciudad medioeval y renacentista que Rabelais, es-

tudiante de la Sorbona, conoció. Por ellas, sin mucha premura, se llega al Teatro Odeón y de allí, por un costado de la plaza, al lugar donde Sylvia Beach tenía su librería Shakespeare and Company, visitada por Joyce, Ford Madox Ford, Hemingway y Ezra Pound, y hoy situada cerca al Sena, a un tiro de piedra de la catedral de Notre Dame, donde, bajo un castaño, los poetas se sientan a leer, siguiendo un orden riguroso, sus libros a un público interesado y heterogéneo. Placas recordatorias, dispersas en el cercano entramado callejero, hay de William Faulkner en el lugar que habitó en los años veinte, lo mismo de Hemingway, y, en un repaso rápido, en la burguesa casa donde Gertrude Stein y Alicia B. Toklas recibían y compraban a Picasso y Matisse sus cuadros, además de aprovechar el ambiente de una ciudad bastante libertina que para nada veía mal que dos amigas se quisieran tanto.

La correría, sin pretender mucho y tampoco sin quererla alargar, no sólo deja en claro hasta dónde París, con sus monumentos, sitios y placas recordatorias, es una gran enciclopedia que se puede leer al derecho y al revés, a gusto del interesado, sino a su vez una realidad en la que, más que en ningún otro lugar, el presente es cotidianidad y también leyenda áurea. Falta, sin embargo, aquella completa guía que, entre una calle y otra, de un *quartier* a otro, no deje perdido al aficionado que en busca, por ejemplo, de la placa que recuerda a Drieu La Rochelle, Raymond Queneau, George Perec o Montherlant, termine dando vueltas, como un turista más, por callejones que llevan a ninguna parte, tan iguales todos cuando no se sabe a dónde se va.

